

ANDRE MAUROIS EN EL ATENEO

En la literatura francesa de hoy es nombre de un sólido y verdadero prestigio que ha atravesado ya gloriosamente todas las fronteras el de André Maurois. Biógrafo, ensayista, novelista Maurois, miembro de la Academia de Francia, ha vuelto a España esta primavera después de largos años de ausencia. En el Ateneo de Madrid, «uno de los centros del espíritu de Europa con Oxford y el Colegio de Francia», así dijo Maurois, habló ante un público expectante de centenares de personas que llenaban el salón de actos, los de la planta baja, los pasillos, las escaleras, el hall—donde se había instalado un servicio de altavoces—de los recuerdos de su vida literaria. Disertación bellísima y de un profundo contenido que un día no muy lejano se convertirá en un libro que habrá de ver la luz en nuestro país. Por esta razón, y al no recoger la conferencia entera—un resumen le haría perder todo su valor—, traemos aquí las cuartillas con que el doctor Gregorio Marañón presentó a Maurois en su conferencia, que marca una fecha memorable en los anales del Ateneo.

EL Ateneo me ha encargado que lleve su voz en este saludo protocolario a Andrés Maurois. Cumplo gustoso el encargo, porque siempre me es grato servir para algo; porque me alegra ver a esta cátedra abierta, como siempre, a la palabra universal; porque tengo hacia el país que Maurois representa deuda imperecedera de gratitud; y, en fin, porque soy admirador, como lo sois todos vosotros, de nuestro huésped, además de viejo amigo suyo.

Voy, sin embargo, a ser brevísimo. Este género oratorio

que impropriamente se llama *presentación*, pues es, en realidad, una bienvenida, debe tener la cualidad inexcusable de toda cortesía, que es la brevedad. Nada largo es amable y menos cuando puede pensarse que se escamotea, a favor del que habla y con el pretexto de la buena educación, la expectación del público, que está pendiente del presentado.

Hemos venido todos a oír a Maurois, al que ya conocemos, desde que empezó a escribir. En estos casos, cuando el orador es tan conocido, la conferencia tiene sólo el sentido gratulatorio del autor que, llamado por los aplausos del público entusiasta, se presenta en escena. Los oyentes, como los lectores, que han gustado en silencio la fruición del espectáculo o de los libros, desean conocer personalmente al que los inventó y decirle su admiración con sus aplausos y escuchar de sus labios unas palabras. Esto es todo. Yo, pues, en nombre del Ateneo, doy paso al proscenio a ese Maurois que habéis conocido página a página, porque tal vez no haya otro autor extranjero que alcance, entre nosotros, su popularidad. A ese escritor extraordinario que tantas veces os ha proporcionado el supremo goce que da una lectura, a saber, encontrar en una frase exacta, expresados un sentimiento o una idea a los que nosotros no acertábamos a dar forma; a ese escritor extraordinario con el que todos hemos intimado, sin conocerle, porque nos parecía que estaba vivo en su ligera prosa, como nos parece viva el agua que corre en un paisaje; a ese viejo amigo invisible hasta hoy, que hoy está aquí, dispuesto a dialogar de viva voz con vosotros. Porque hablar a un público vasto es siempre dialogar: uno habla; los demás, escuchan, se emocionan, aplauden; en realidad responden al orador; y éste, por aprendida que lleve su pieza, está tan pendiente del gesto mudo del que oye, como el público de los labios del que habla.

Acaso con estas palabras he definido lo más genuino de la personalidad de Maurois, que es lo que tiene de emotiva, de entrañablemente viva, por su pensamiento y por su retórica. Maurois es el prototipo de una especie intelectual que está a punto de extinguirse: el hombre de letras. El hombre de letras no es el novelista ni el autor dramático, ni el historiador, ni el profesional, ni el hombre rico que dedica sus ocios a manejar, con mejor o peor gracia, la pluma. El hombre de letras, es un ser dedicado a la aventura de vivir para escribir y de escribir por crear, por puro deleite de hacerlo, al margen del aplauso o del ataque, al margen del éxito o del fracaso. Realmente, la profesión del hombre de letras es, por todo ello, lo menos parecido al concepto vulgar de la profesión; y lo más parecido a esa noble forma de delirar desinteresadamente que llamamos diletantismo.

Francia, por razones muy lógicas y conocidas, ha sido, desde siempre, patria singularmente propicia al hombre de letras. Y Maurois representa una de las cimas de esta categoría intelectual. Pero hay en él algo que no es frecuente en los demás hombres de letras. Suelen ser éstos, gentes que viven más en el mundo irreal del pensamiento que en los caminos por donde andamos los demás hombres. Y aun, para el ineludible comercio humano, gustan de habitar los círculos poblados por los de su casta. En estos tiempos niveladores, nada hay tan cerrado, tan antidemocrático, tan profundamente aristocrático como el simulacro que, en cada país, hacen los intelectuales de los Campos Elíseos, donde la paz se sustenta en una rigurosa jerarquía.

Pocos son los que prefieren escapar de ese ambiente limitado, y a la larga asfixiante, y circular por el ancho mundo, por el mundo incongruente y fecundo de lo vulgar, que es

donde se esconde la gracia. Y he aquí que la gracia es, a la larga, lo único que hace perdurable la obra de los hombres.

Maurois es uno de esos evadidos de la elísea compañía. Es el intelectual que reparte su tiempo entre unas pocas horas para escribir y muchas otras horas para andar por el mundo, que hay que recorrer, de punta a punta, para conocer al hombre. El hombre que vive a nuestro lado, es sólo un fragmento de hombre. El hombre integral es todo el conjunto humano. Y sin conocerle, sin conocer a la humanidad entera, no podemos saber ni como es cada hombre ni siquiera como somos cada uno de nosotros mismos.

Todos repetimos la sentencia aristotélica de *conócete a ti mismo*. Lo que muchos ignoran es que para lograrlo no hay que mirarse al espejo, sino, precisamente, olvidarnos de nosotros y escudriñar, sin descanso, en torno nuestro, a todos los demás.

Y así, Maurois, ha paseado buscando al hombre y buscándose a sí mismo, en su plenitud, por las tierras distintas. No hay clima, no hay civilización que no hayan visto su figura y su gesto de acecho perpetuo ante todo lo que le rodea. Ahora mismo, mientras yo hablo, mientras parece oírme y observaros, su espíritu está llenando de notas una página más del carnet de su insaciable curiosidad.

Todo cuanto ha escrito es, por eso, noble, claro y humano. No hay una sola línea suya que suscite el rencor o el pesimismo. No ha escrito nada que no lleve escondido un pulso vivo y generoso, que es el mismo aliento vital que corre por las venas de su autor. Por eso, y no por escribir mejor o peor, es un autor universalmente popular.

Pero, además, la vida ha puesto a Maurois en el trance de alcanzar esa madurez patética de la propia alma, que es

como el resumen del alma de todos y que no a todos los grandes escritores es dable conseguir. Porque a esa última morada del conocimiento no se llega por el voluntario esfuerzo ni por el don innato del talento, sino por el azar. Maurois ha sufrido mucho, en la época de la vida en la que el sufrimiento es como un chorro caudaloso de eficacia: cuando los cabellos empiezan a blanquear. En ese punto de su existencia estaba cuando vió desmoronarse todo en torno suyo y hubo de pasar la prueba del destierro y se encontró otra vez, abierta ante sí, la senda áspera de la conquista de la vida y de la gloria, que parecía superada y vencida.

En ese trance encontró la virtud suprema de la serenidad. Sus *Memorias*, que son, creo yo, su mejor libro, son, sin proponérselo o quizá disimulando a fuerza de gracia ese propósito trascendente, son, digo, una lección de serenidad. Se leen como una aventura. Pero dejan en el aire un polvo impalpable que cuando se sedimenta se ve que es el oro inconfundible de la comprensión.

André Maurois va a escribir ahora un estudio sobre España que formará parte de un gran libro que sobre nuestra Península se prepara. En la mente de los hombres de hoy, hay un esquema de muchos países que, en gran parte, se debe al gran escritor que hoy recibimos aquí: Inglaterra, Francia, los pueblos del otro Continente, los ven muchos ojos actuales, según la versión de Maurois. Pronto correrá también por todas partes su visión de la vida española. Y estoy seguro que sus ojos, habituados a adivinar la clave profunda de cada cosa, pasarán sin detenerse sobre todo lo que es anécdota hispánica y penetrarán, hasta lo más profundo, en lo genuino de esta raza, que es su ruda y generosa vitalidad.